

¿Qué nos ampara?



LEONARDO PESKIN¹

La necesidad de ser amparados es immanente a la condición humana. Desde el comienzo de la vida, aún en el útero, durante el nacimiento y en la infancia, se necesita del cuidado psíquico y biológico. Las figuras parentales que nos cuidan se constituyen en base al ámbito sociofamiliar donde se produce el nacimiento. El *infans* depende de un modo extremo, no sobreviviría sin la asistencia y el amparo brindados por quien haga de madre. Los cuidados necesarios varían según las pautas sociales, la puericultura y la psicología evolutiva. El amor y el deseo de esa madre deben ser moderados y modulados por funciones que se teorizaron como regulaciones paternas. Los deseos, amores, actitudes y roles son pautados por el entorno sociocultural, ya que la especie se encuentra alejada de la naturaleza y debe ir configurando formas que la remeden. Esto vale para la sexualidad, la autoconservación y la reproducción. Nos parecemos a los mamíferos, pero esa similitud requiere un trabajo de asimilación cultural. Es un aprendizaje que construye laboriosamente lo que en los animales ya está dado. A raíz de la carencia de un ser natural y la arrogancia de la especie, siempre surgen tentaciones de desviarnos de las metas pautadas. La condición humana es más sofisticada que la animal, pero permanentemente debe ser orientada al reconocimiento y cuidado de los semejantes. Eso hace que cuestionemos como inconcebible para cierta cultura lo que se hace en otra. El humano librado de las ataduras simbólicas que lo acotan llega a crear sentidos alejados de toda necesidad natural. Dejar vivir, querer

1 Miembro titular (didacta) de la Asociación Psicoanalítica Argentina. leonardopeskin@hotmail.com

y amar a los hijos y a los semejantes es una decisión. Siempre acecha el riesgo de deshumanizarlos, tratarlos como cosas. En los animales, vemos rechazos de las funciones parentales, también asesinato y devoración de los hijos, así como severas peleas con congéneres, pero están basados en el instinto y el margen que este otorgue al aprendizaje a partir de experiencias vividas. Matar, devorar a un hijo como Cronos, violarlo, regalarlo, venderlo o abortarlo derivan de que no haya moderación, basada en los diques del aparato represivo y la ley (asco, pudor, vergüenza, moral, culpa).

Todos estos argumentos nos van llevando a una conclusión obvia: lo simbólico —es decir, el universo significante— es el que sostiene y socorre a los humanos para salir del desvalimiento generado por el desarraigo instintivo de la especie. Pero la organización simbólica puede proteger o ser letal, tanto en el accionar de los otros sobre el sujeto como del sujeto hacia los otros.

Nos constituimos como sujetos mediante la alienación en el lenguaje y la separación de las tendencias pulsionales narcisistas; así, nos insertamos en un discurso cultural por vía del entorno parental. A este recorrido hacia la humanización lo denominamos vicisitudes edípicas, que llevan a la asunción de un lugar en una cadena simbólica. Mediante operaciones metafóricas, adquirimos un nombre y nos inscribimos fantasmáticamente en cierta realidad asumiendo sus reglas. Así, el amparo objetivo y la asunción del lenguaje permiten salir del desamparo. Estos hechos son la condición necesaria, núcleo de origen que nos sostendrá narcisísticamente a lo largo de la vida; cuando fracasan, se vuelve determinante de por vida el cuidado brindado por los otros. Las organizaciones discursivas en las que nos insertamos legislan y orientan el camino para la pulsión. Restringir una dimensión gozosa implica intensificar otras; al goce hay que darle un destino, y no todo puede ser sublimado. A nivel social, los discursos rigen el gobierno de una masa, una ciencia, una institución. Dependerá de la calidad de la orientación del discurso que considere a aquellos donde se impone o los cosifique. En toda sociedad o cultura hay un pacto que incluye o no reglas de cuidado. Las aceptaciones de estas condiciones se apoyan en las dinámicas simbólico-narcisistas que la especie, en tanto gregaria, tiene predisuestas. Freud las describió, destacando la creación y la función del padre como legisladora. Estas configuraciones sociales,

cuando son protectoras, no son necesariamente estables ni garantizadas; solemos ver fenómenos de regresión donde en breve plazo se pueden perder milenios de cultura. Las dinámicas que venimos considerando derivan del inevitable malestar en la cultura que puede conducir a graves regresiones, las que llevan a la violencia, a la guerra o a dolorosas expulsiones. Aun así, la peor alternativa no es la regresiva, sino que haya un siniestro «progreso» hacia el odio en la efectivización del ataque y la destrucción. Es decir, una organización que, aplicando toda la sofisticada capacidad simbólica, la pone al servicio del exterminio de los otros. Esto va desde proyectos intencionales de desamparo a las formas más aberrantes o sutiles de destrucción sin resto. Ya no se trata de descuidar ni expulsar, sino de hacer desaparecer al otro sin dejar rastros de que hubiera existido. Estas prácticas no son hechos individuales como en la tragedia clásica (Antígona o el propio Edipo), sino que son hechos masivos, en los que toda la maquinaria científico-tecnológica y legal de un Estado es puesta al servicio de la extinción de naciones enteras o de ideologías completas. Hay formas estruendosas como las guerras o sutiles como el colonialismo, el capitalismo y sus derivaciones más tardías, que estamos viviendo.

En nuestra clínica nos encontramos, en menor escala, con los mismos problemas que en lo social observamos a gran escala. En las historias de las familias y de nuestros analizantes observamos los estigmas de los desamparos vividos, desde formas leves a severas. Nadie pasa indemne la historia de asunción de un lugar en el gran Otro que lo determina. Los pasos de constitución subjetiva llevan inexorablemente a pérdidas, como renuncias al goce de los objetos parciales para alcanzar una posición fantasmática. Estas pérdidas, Edipo mediante, son duelos y pueden o no ser acompañadas de modo que se atenúe el efecto traumático; no obstante, dejan cicatrices que van marcando la vida de nuestros analizantes. Hay accidentes típicos del desarrollo, como son las muertes de abuelos o padres, las separaciones, los nacimientos de hermanos, el atravesamiento de la escolaridad, la asunción de los rasgos físicos, el desarrollo púber-adolescente, etc., donde es puesta a prueba la estructura psíquica alcanzada. Este tránsito requiere ámbitos, presencias o ausencias que faciliten la elaboración que depende de que el tiempo de la demanda cultural considere el tiempo de cada sujeto. En nuestra clínica vemos microcatástrofes

evitables que luego no son del todo reversibles. Dentro de un análisis, se nos plantea cómo abordar en un tiempo actual lo que el tiempo histórico no permitió significar y resolver. La tendencia más desamparadora termina siendo la repetición de lo traumático como expresión de la pulsión de muerte, íntimamente ligada al masoquismo. En el avance del análisis, la dialéctica clínica que inexorablemente se sostiene por la transferencia nos pone frente a la compulsión a la repetición, que junto con el empuje del Superyó imponen el volver a vivir lo devastador del trauma. Frente a estos embates, que a la vez son la oportunidad de un cambio, nos queda el amparo del espacio analítico, que, como en el origen de la vida, es una condición necesaria pero no suficiente, y es ahí donde el recurso del diálogo busca modificar lo que quedó coagulado por represión del conflicto. Estas dos condiciones —el poder sostener el análisis y que este promueva un cambio en la significación de lo traumático— serían la tarea. Las fijaciones probablemente sean inmutables y hacen al diseño de la represión construida sobre rígidos pilares que sostienen el aparato psíquico. Lo que ofrece el análisis es que el sujeto encuentre un lugar que no lo confronte tan descarnadamente con sus miserias de origen. Los únicos recursos son la palabra y los actos que permitan un corrimiento de aquel real que determina al sujeto. Pero, insisto, las acciones que generan un cambio son las que respetan el tiempo del sujeto. Lo que ampara en un momento es obstáculo en otro. Por eso es tan importante que el análisis tienda a una terminación, lo que en una etapa o en algún momento salva al estar presente, en otro momento salva al dejar de estar. No es más que el *fort-da* donde estos dos significantes dan oportunidad a la constitución del sujeto, siendo que la fase expulsiva, ausentificadora, es dominante para promover que el sujeto se sostenga construyendo su propio deseo y abandone el deseo del Otro. Esto no solo en el fin de análisis, sino en cada intervención de un analista, ejerciendo la capacidad de destituirse para promover la autonomía del sujeto, tanto como en la función materna lograda.

Voy a introducir una viñeta. Hace muchos años atendí a una mujer extremadamente frágil y susceptible, básicamente fóbica. Dependía mucho emocionalmente de sus padres y, como suele acontecer en las fobias, la madre era dominante. Luego de unos años de análisis, logró desprenderse parcialmente de los padres, terminar su carrera, casarse y tener un hijo.

Cada obstáculo la desesperaba, y le costaba manejar la angustia. Cuando los padres viajaban, se sentía abandonada y pendiente, temiendo las mayores desgracias, como enfermedades graves o accidentes, hasta que ellos le decían que estaban bien, y en ese momento expresaba la rabia por lo que le habían hecho pasar. Estos finales de las crisis mostraban la posición narcisista implicada en su fobia. Sus preocupaciones eran controlar todo, ser muy tenida en cuenta y ser atendida por el marido o una amiga permanentemente. Todo eran sobresaltos y alivios parciales. No obstante, había estabilizado su vida y había logrado muchos períodos de placer. En un momento se produjo una coyuntura particular en mi vida, que me obligó a suspender el análisis por razones ajenas a mi voluntad. Sabiendo cómo era ella, le busqué un analista que la atendiese en mi lugar, e hicimos un proceso de adaptación. Yo dejé de verla de a poco, y ella parecía conforme en su tratamiento con la otra persona. Así pasaron unos meses, y yo volví a atender, pero no me contacté con ella, suponiendo que quizás debería continuar con ese nuevo análisis. De golpe, recibí un llamado del marido, que me dijo que ella estaba descompensada, invadida de angustia, y que el análisis que estaba haciendo no funcionaba. Cuando la vi, mostraba un cuadro de ansiedad que trataba de manejar corriendo y moviéndose; incluso tuvo la entrevista parada, yendo de un lado a otro del consultorio. Me relató que concurren dos hechos significativos. Había tenido un aborto a raíz de un embarazo anembrionado, sostenido por error médico con altas dosis de hormonas, y a la madre la habían tenido que operar de un melanoma que obligó a una resección amplia de la lesión, pero parecía tener buen pronóstico. Dos eventos que involucran sacar y cortar, para resolver lo anembrionado y lo maligno. Lo que de a poco apareció como potenciador de la angustia fueron hechos vinculados a su análisis con el otro analista, quien le dijo que yo seguía sin atender, cosa que era falsa (parecería que no quería perder la paciente), y a raíz de la angustia, la comenzó a ver todos los días, incluso dos veces por día. Según ella decía, la trataba como si ella estuviera psicótica. Yo la retomé, bajé las sesiones a dos veces por semana, y comenzó a aliviarse. Enseguida apareció que el sospechoso exceso de dedicación del otro analista le resultó insoportable, la hizo sentir atrapada y daba por cierto que lo que ella padecía era sin límite. Es obvio que se exacerbó la malintencionada posesividad materna. Por supuesto,

puedo inferir que, en transferencia conmigo, se sintió abandonada, aunque lo que ella refería que la tranquilizaba era que yo no la atrapaba y no daba tanto crédito a sus demandas por angustia. Lo cierto es que, como fóbica, siempre la consideré rotando hacia la histeria, dentro de una personalidad infantil que hacía todo lo posible para «no crecer» porque eso implicaba separarse y hacer su vida. Esta experiencia casi accidental, mezclada con la mala praxis del otro analista, operó justamente sobre ese fantasma de sobreprotección y no separación hasta la pesadilla. El corte fue lo aliviante. Lo expongo como un ejemplo de que muchas veces cobijar en exceso no es amparar, y la tendencia general de un análisis, tratándose de pacientes neuróticos, debiera promover la más pronta autonomía. Recordemos la contraposición que hace Lacan (1962-1963/2006) entre el «Te amo, aunque tú no lo quieras» (p. 36), que hace estragos, con el «Yo te deseo, aunque no lo sepa» (p. 36), que da oportunidades.

Todo lo que fui exponiendo me lleva a resaltar la calidad del discurso en el que se construye la subjetividad, tanto a nivel social como familiar. La asunción del lenguaje es la esencia amparadora por excelencia al dar lugar al inconsciente como un recurso «inmunológico», que bien o mal nos protege de las noxas, aunque no es suficiente para defendernos de todas las formas de violencia que nos acechan. La fragilidad humana hace que debamos ser amparados por una organización simbólica que nos trasciende como sujetos. Debemos rehuir todas las formas de masoquismos que nos suelen tentar, pero nuestro destino depende de la intensidad del sadismo que se descargue sobre nosotros. Y no me refiero a los terribles accidentes de la vida, sino a nuestra vulnerabilidad para ofrecernos al goce de un Otro. Tomemos el ejemplo de Freud, que afrontó de un modo admirable todas las desgracias que la vida le impuso, muerte de seres queridos, guerras y enfermedades invalidantes, y gracias a sus extraordinarios recursos simbólicos, pudo con todo eso. Sin embargo, lo tuvieron que salvar porque contra el avance de la maquinaria nazi no pudo: lo trascendió.

Todo lo expuesto nos lleva a una conclusión: **el hombre se encuentra protegido o condenado por su historia y la de sus circunstancias. La historia está construida basada en discursos que nos atraviesan y determinan nuestro inconsciente, colectivo e individual. Y la historia, parafraseando a los Baranger, es tartamuda, tiende a reiterarse dada la insistencia de**

la repetición. En nuestros consultorios, estimulamos y fortalecemos los recursos inconscientes como inmunidad natural, pero no podemos evitar las incidencias de la maldad ni las epidemias culturales a las que estamos expuestos, ya que el mal radical existe y acecha. Lo que resta es desentrañar en qué medida un sujeto se presta o no, con sus recursos, a ser víctima, o logra evitarlo. Pero estemos advertidos que muchas veces las mejores intenciones no son suficientes y pueden virar a ser las peores. Los equívocos del amor en la especie nos predisponen a cierta ingenuidad por la trascendental búsqueda de amparo que siempre ilusionamos. ♦

RESUMEN

La necesidad de ser amparados es inmanente a la condición humana. Desde el comienzo de la vida humana, aun antes del nacimiento, se requiere el amparo biológico dentro del vientre materno y del cultural en el entorno. Esto es resaltado por todos los enfoques psicológicos y psicoanalíticos; sin embargo, no siempre es resaltada la necesidad del lenguaje y la simbolización como la más trascendente condición de amparo de la especie. Esto abarca tanto la posibilidad que brinda a la creación de quien ejerza la función materna como la adquisición de independencia de los objetos primarios. Sin ese recurso, la cría humana permanecería en una dependencia de un otro, que es el más precario recurso para ser amparada. La capacidad de lograr autonomía apoyados en la capacidad de simbolizar y lograr el lenguaje es lo que termina dando el mayor amparo. Todo esto no quita que la socialización, precisamente lograda mediante estos recursos, sea imprescindible para la realización como sujetos. Estas ideas son ilustradas con una viñeta clínica.

Descriptor: DESAMPARO / LO SIMBÓLICO / CULTURA / MATERIAL CLÍNICO / AMOR /
SUBJETIVIDAD

Candidato a descriptor: Amparo

SUMMARY

The need for protection is inherent to the human condition. From the beginning of human life, even before birth, biological protection is required inside the mother's womb and the cultural environment. This is emphasized by all psychological and psychoanalytic approaches. However, the need for language and symbolization is not always emphasized as the most transcendental condition of protection for the species. This embraces both the possibility offered to the creation of the person exercising the maternal function, and the acquisition of independence from the primary objects. Without that resource, the human young would remain dependent on another, the most precarious resource in order to be protected. The capacity for achieving autonomy, supported by the capacity for symbolizing and acquiring language, is what provides the greatest protection in the end. This does not mean that the socialization, achieved precisely by these resources, is not essential for our realization as subjects. These ideas are illustrated with clinical vignette.

Keywords: HELPLESSNESS / THE SYMBOLIC / CULTURE / CLINICAL MATERIAL / LOVE / SUBJECTIVITY

Candidate keyword: Protection

BIBLIOGRAFÍA

- Baranger, M., Baranger W. y Mom, J. (1987). El trauma psíquico infantil, de nosotros a Freud: Trauma puro, retroactividad y reconstrucción. *Revista de psicoanálisis*, 44(4).
- Freud, S. (1976a). El malestar en la cultura. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 21). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1930).
- (1976b). La represión. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 14). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1915).
- (1976c). Lo inconsciente. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 14). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1915).
- (1976d). Más allá del principio de placer. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 18). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1920).
- (1976e). Psicología de las masas y análisis del yo. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 18). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1921).

- (1976f). Tótem y tabú. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 13). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1913).
- Lacan, J. (2006). *El seminario de Jacques Lacan, libro 10: La angustia*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1962-1963).
- Peskin, L. (2004). *Los orígenes del sujeto y su lugar en la clínica psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós.
- (2008). La violencia y el psicoanálisis. En L. Glocer Fiorini (comp.), *Los laberintos de la violencia*. Buenos Aires: Lugar.
- (2015a). *La realidad, el sujeto y el objeto*. Buenos Aires: Paidós.
- (2015b). La violencia de hoy y de siempre. *Revista de psicoanálisis*, 72(4). (Trabajo original publicado en 2008).